

La pasión del «Choncho» Lazaroff por el fútbol y por Danubio quedan muy bien expresadas en esta nota que Raúl Castro, su cuñado y viejo amigo, escribió sobre su último espectáculo en el Teatro Circular.

Raúl Castro La República, 17/8/88

Jorge Lazaroff:

Hace una década, fue un excelente marcador lateral. De esos que te arrancan las muelas. Tenía un solo defecto: llevaba la pelota con las canillas. No pasó de jugar en el cuadro de Solymar, y a veces. Pero los que recuerdan su estampa gallarda desbordando por el lateral, aún creen escuchar el grito estentóreo de la tribuna: «¡Dedícate a la música, Choncho!».

El Choncho Lazaroff les hizo caso. Debe haber sido la única vez que Jorge le hizo caso a alguien. Entonces comenzó a dedicarse profesionalmente a cantar, a componer canciones y a asombrar.

Y ahí, y esto va en serio, empezó a cambiar los gritos por los aplausos.

La tribuna que ayer lo relajaba porque no paraba ni el 7E7, se comenzó a asombrar de la figura barbada que se subía a los escenarios y con acordes a veces ilógicos y desgarrantes, a veces dulces y tiernos, se iba metiendo en el corazón de la gente. Despacio, sin grandes luminarias, como esos entreales de cuadro de barrio que quedan en la historia por su creatividad más que por los dólares que le sacaron al fútbol.

Pero el tipo se fue creciendo, y cada una de sus canciones empezaron a provocar otras; cada uno de sus temas empezó a influir en otros autores, en otros cantores y en otras maneras de hacer el deporte de la música.

El «Choncho» es una especie de Holanda

con el fútbol en el alma, en el corazón y en la garganta



del '74. Cuando apareció nadie entendía nada. Con un tono simple, utilizando recursos nunca explorados, podía conseguir momentos enormemente creativos.

A veces se pasa de rosca. Tendría que largarla un poco más para que la tribuna lo aplaudiera, pero se arriesga a que se la saquen. Es como «el Cotorra» Míguez: hasta que no se las pasa por entre los caños no se queda contento.

Danubiano por estirpe, su sueño fue siempre ponerse la de la franja. Porque su abuela le puso el nombre, su tío fue presidente y su padre es Danubio mismo. Pero sobre todas las cosas, por ese futuro que se llama Andrés y tiene poquitos añitos, pero en su media lengua dice a los cuatro vientos: ¡Nanubio... Nanubio que no ni no!...

El «Choncho» se pone ahora, con fuerza, la camiseta de la franja negra. Porque los sábados 6, 13, 20 y 27 de agosto, en traspasado, el Teatro Circular se llenará con el fútbol lindo de su música.

Si usted quiere ver un jasito metedor, que tranca fuerte y le pega con la canilla, espere que juegue Solymar. Pero si quiere gozarse con un entrea pisador, de los de antes, de los disfrutables, de los que son la única salida distinta que tiene nuestra música, entonces vaya los sábados a los traspasos del Circular.

No sé si ganaremos. ¡Pero ni se imagina lo que nos vamos a divertir!